

La mesa del domingo

*www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XIV N° 29
Domingo XIV Ordinario. Ciclo -B- 05 de julio de 2015*

LAS OBRAS DEL REINO NECESITAN DE LA FE

Normalmente, hablamos de la fe como de una capacidad humana, algo que procede del mérito de los hombres, una cualidad de nuestro esfuerzo, y que tiene que ver con el sentido religioso de la vida y de las cosas. En parte es cierto, pero no es toda la verdad. La otra parte de la verdad es que la fe es una semilla que Dios ha puesto en nosotros y una capacidad que, junto con otros dones, hemos recibido también de él. Como una semilla, si no se riega, si no se cultiva, no crece, no prospera. Está en nosotros por obra de Dios pero es tarea nuestra tenerla a punto o no. Nuestra libertad con la que hemos sido creados abarca también la capacidad de abrirnos o de cerrarnos a la fe. Y la fe, no lo olvidemos, se mueve en el campo de la confianza. En el fondo, es fiarnos o no fiarnos de Dios, fiarnos o no fiarnos de Jesús.

El pasaje del evangelio de este domingo es uno de los más tristes de la vida pública de Jesús. Habiendo comenzado ya su misión, se presenta en la sinagoga de su pueblo y trata de enseñar a sus paisanos; pero ellos se escandalizan. Las preguntas que se hacen muestran desconfianza hacia él. Creen saberlo todo acerca del Jesús que han visto crecer y trabajar a su lado durante años. Dudan del mensaje porque no reconocen al mensajero. El resultado es que Jesús no puede realizar allí las acciones del Reino que ha realizado en otros lugares. La desconfianza hacia Jesús deja atadas sus manos. El Reino no puede realizarse entre ellos porque a Jesús, que es quien lo porta, no le reconocen esa tarea, esa misión, puesto que no reconocen su identidad. La sentencia de Jesús acerca del desprecio de los profetas no hace sino poner en solfa lo que ya conocen por la experiencia de muchos de los profetas del Antiguo Testamento.

Para que haya comunicación, es necesario un mensaje, un emisor y un receptor además de un canal. El canal de la Palabra de Dios por excelencia es la predicación; el emisor es el predicador y el receptor es quien escucha la predicación. Si el que es el receptor recela del emisor, no hay comunicación. ¿Qué hace entonces el emisor? En el caso de la predicación, debemos tener en cuenta que es una misión divina. Y, algo más, es también una elección divina. El verdadero y auténtico predicador ha sido elegido por Dios para llevar su mensaje. Entonces, ¿qué hacer si quien debería recibirlo rechaza al mensajero? La lectura de Ezequiel afirma que “hagan caso o no, al menos sabrán que hubo un profeta en medio de ellos”. En el fondo de quien rechaza al mensajero debe existir la pregunta acerca de si no le están dando la

espalda a Dios cuando desconfían de quienes él ha elegido para esa tarea. Cuando expulsan al profeta Amós, le dicen “vete a profetizar a otra parte”. Cuando Jesús ha curado a los endemoniados de Gerasa, lo echan de allí y le piden que no vuelva de nuevo. Lo mejor, por tanto, es ir a otra parte donde sí estén dispuestos a escuchar lo que Dios quiere comunicar. Ahora bien, cuando se ha dado el rechazo, ya se ha escuchado el mensaje. Por tanto, ante Dios deberán responder los que, con el mensajero, han expulsado también el mensaje que Dios quería transmitir por medio de quienes él había escogido para ello. Con frecuencia, el desprecio hacia el mensajero no es sino el pretexto para rechazar el mensaje que han escuchado.

La actitud de los nazarenos con Jesús contrasta con la de los personajes del domingo pasado. La mujer que padecía hemorragias se curó por su fe, tal como Jesús se lo declaró. La niña del jefe de la sinagoga volvió a la vida porque Jesús le había dicho que “basta que tengas fe” y la tuvo. Cuando hay confianza en Jesús, se realizan las obras del Reino; cuando no la hay, Jesús no puede hacer nada. La libertad del hombre puede atar las manos de Dios. ¿Por qué no se dan en nuestro mundo como algo habitual las obras del Reino? Sencillamente, porque nuestro mundo se ha apartado más y más de Dios; lo ve como un enemigo, como un rival y trata de deshacerse de él. ¿Por qué muchas personas se escandalizan de que hay matanzas, refugiados, desplazados, gente que pasa hambre? Ponen la responsabilidad en que Dios lo permite, pero olvidan que no es Dios la causa, sino nuestro pecado. En efecto, es el pecado nuestro el que produce tantas situaciones de injusticia, de violencia... La realidad, entonces, es la contraria a la que sería con la aceptación del Reino. Mientras el hombre no lo quiera, las obras del Reino no podrán darse porque requieren la fe y la confianza del hombre en Dios; sin ellas, las manos de Dios están atadas. Eso es lo que pasó en la sinagoga de Nazaret y eso mismo es lo que pasa en nuestra sociedad laicista, una sociedad sin Dios.

P. JUAN SEGURA.

www.seculorum.es

